

CAPITULO X

DE ALGUNOS AVISOS QUE SE DEBEN TENER EN ESTE SANTO EJERCICIO

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para dar materia de consideración, que es una de las principales partes de este negocio, porque la menor parte de la gente tiene suficiente materia de consideración, y así, por falta de ella, faltan muchos en este ejercicio. Ahora diremos sumariamente la manera y forma que en esto se podrá tener. Y aunque de esta materia el principal Maestro sea el Espíritu Santo, pero todavía la experiencia nos ha mostrado ser necesarios algunos avisos en esta parte, porque el camino para ir a Dios es arduo y tiene necesidad de guía, sin la cual muchos andan mucho tiempo perdidos y des-caminados.

PRIMER AVISO

Sea, pues, el primer aviso éste: que cuando nos pusiéremos a considerar alguna cosa de las susodichas en sus tiempos y ejercicios determinados, no debemos estar tan atados a ella, que tengamos por mal hecho salir de aquélla a otra, cuando halláremos en ella más devoción, más gusto o más provecho, porque, como el fin de todo esto sea la devoción, lo que más sirviere para este fin, eso se ha de tener por lo mejor. Aunque esto no se debe hacer por livianas causas, sino con ventaja conocida. Asimismo, si en algún paso de su oración o meditación sintiere más gusto o devoción que en otro, deténgase en él todo el espacio que le durare este afecto, aunque todo el tiempo del recogimiento se le vaya en eso. Porque como el fin de todo esto sea la devoción (como dijimos), yerro sería buscar en otra parte, con esperanza dudosa, lo que ya tenemos en las manos cierto.

SEGUNDO AVISO

Sea el segundo, que trabaje el hombre por excusar en este ejercicio la demasiada especulación del entendimiento, y procure de tratar este negocio más con afectos y sentimientos de la voluntad, que con

discursos y especulaciones del entendimiento. Porque sin duda no aciertan este camino los que de tal manera se ponen en la oración a meditar los Misterios Divinos, como si los estudiaran para predicar, lo cual más es derramar el espíritu que recogerlo y andar más fuera de sí, que dentro de sí. De donde nace que, acabada su oración, se quedan secos y sin jugo de devoción, y tan fáciles y ligeros para cualquier liviandad como lo estaban antes. Porque en hecho de verdad, los tales no han orado, sino hablado y estudiado, que es un negocio bien diferente de la oración. Deberían los tales considerar que en este ejercicio más nos llegamos a escuchar que a hablar. Pues para acertar en este negocio, lléguese el hombre con corazón de una viejecita ignorante y humilde, y más con voluntad dispuesta y aparejada para sentir y aficionarse a las cosas de Dios que con entendimiento despabilado y atento para escudriñarlas, porque esto es propio de los que estudian para saber, y no de los que oran y piensan en Dios para llorar.

TERCER AVISO

El aviso pasado nos enseña cómo debemos sosegar el entendimiento y entregar todo este negocio a la voluntad; mas el presente pone también su tasa y medida a la misma voluntad, para que no sea demasiada ni vehemente en su ejercicio, para lo cual es de

saber que la devoción que pretendemos alcanzar no es cosa que se ha de alcanzar a fuerza de brazos (como algunos piensan), los cuales, con demasiados ahíncos y tristezas formales y tristezas forzadas y como hechizas, procuran alcanzar lágrimas y compasión cuando piensan en la Pasión del Salvador, porque eso suelo secar más el corazón y hacerlo más inhábil para la visitación del Señor, como enseña Casiano (Collation, 9, cap. 30). Y además de esto suelen estas cosas hacer daño a la salud corporal, y a veces dejan el ánimo tan atemorizado con el sinsabor que allí recibió, que teme tornar otra vez al ejercicio como a cosa que experimentó haberle dado mucha pena. Conténtese, pues, el hombre con hacer buenamente lo que es de su parte, que es hallarse presente a lo que el Señor padeció, mirando con una vista sencilla y sosegada y con un corazón tierno y compasivo y aparejado para cualquier sentimiento que el Señor le quisiera dar lo que por El padeció, más dispuesto para recibir el efecto, que su misericordia le diere, que para exprimirlo a fuerza de brazos. Y esto hecho, no se acongoje por lo demás, cuando no le fuere dado.

CUARTO AVISO

De todo lo susodicho podemos colegir cuál sea la manera de atención que debemos tener en la oración, porque aquí principalmente conviene tener el

corazón no caído ni flojo, sino vivo, atento y levantado a lo alto. Mas así como es necesario estar aquí con esta atención y recogimiento de corazón, así, por otra parte, conviene que esta atención sea templada y moderada, porque no sea dañosa a la salud ni impida a la devoción, porque algunos hay que fatigan la cabeza con la demasiada fuerza que ponen para estar atentos a lo que piensan, como ya dijimos. Y otros hay que, por huir de este inconveniente, están allí muy flojos y remisos y muy fáciles para ser llevados de todos vientos. Para huir de estos extremos conviene llevar tal medio, que ni con la demasiada atención fatiguemos la cabeza, ni con el mucho descuido y flojedad debemos andar vagueando el pensamiento por do quisiese. De manera que así como solemos decir al que va sobre una bestia maliciosa que lleve la rienda tiesa, conviene saber, ni muy apretada ni muy floja, porque ni vuelva atrás, ni camine con peligro, así debemos procurar que vaya nuestra atención moderada y no forzada, con cuidado y no con fatiga congojosa.

Mas particularmente conviene avisar que al principio de la meditación no fatiguemos la cabeza con demasiada atención, porque cuando esto se hace suelen faltar para adelante las fuerzas, como faltan al caminante cuando al principio de la jornada se da mucha prisa a caminar.

QUINTO AVISO

Mas entre todos estos avisos, el principal sea que no desmaye el que ora, ni desista de su ejercicio cuando no siente luego aquella blandura de devoción que él desea. Necesario es con longanimidad y perseverancia esperar la venida del Señor, porque a la gloria de Su Majestad y a la bajeza de nuestra condición y a la grandeza del negocio que tratamos pertenece que estemos muchas veces esperando y aguardando a las puertas de su palacio sagrado.

Pues cuando de esta manera hayas aguardado un poco de tiempo, si el Señor viniere, dale gracias por su venida; y si te pareciere que no viene, humíllate delante de El, y conoce que no mereces lo que no te dieron, y conténtate con haber allí hecho sacrificio de ti mismo y negado tu propia voluntad y crucificado tu apetito y luchado con el demonio y contigo mismo, y hecho a lo menos eso que era de tu parte. Y si no adoraste al Señor con la adoración sensible que deseabas, basta que lo adoraste en espíritu y en verdad, como El quiere que sea adorado (Io., IV, 23). Y créeme, cierto, que éste es el caso más peligroso de esta navegación y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos, y que si de éste sales bien, en todo lo demás te irá prósperamente.

Finalmente, si todavía te pareciese que era tiempo perdido perseverar en la oración y fatigar la cabeza sin provecho, en tal caso no tendría por inconveniente que, después de haber hecho lo que es en ti, tomaras algún libro devoto y trocases por entonces la oración por la lección; con tanto que el leer fuese, no corrido ni apresurado, sino reposado y con mucho sentimiento de lo que vayas leyendo, mezclando muchas veces en sus lugares la oración con la lección, lo cual es cosa muy provechosa y muy fácil de hacer a todo género de personas, aunque sean muy rudas y principalmente en este camino.

SEXTO AVISO

Y no es diferente documento del pasado, ni menos necesario avisar que el siervo de Dios no se contente con cualquier gustillo que halle en su oración (como hacen algunos que en derramando una lagrimilla, o sintiendo alguna ternura de su corazón, piensan que han ya cumplido con su ejercicio). Esto no basta para lo que aquí pretendemos. Porque así como no basta para que la tierra fructifique un pequeño rocío de agua, que no hace más que mata el polvo y mojar la tierra por fuera, sino que es menester tanta agua que cale hasta lo íntimo de la tierra y la deje harta de agua para que pueda fructificar, así también es acá necesaria la abundancia de este rocío y agua celestial para dar fruto de buenas obras. Pues por esto con

mucha razón se aconseja que tomemos para este santo ejercicio el más largo espacio que pudiéremos. Y mejor sería un rato largo que dos cortos, porque si el espacio es breve, todo él se basta en sosegar la imaginación y aquietar el corazón, y después de ya quieto, levantámonos del ejercicio, cuando la hubiéramos de comenzar.

Y descendiendo más en particular a limitar este tiempo, paréceme que todo lo que *es menos de hora y media o dos horas es corto el plazo para la oración*, porque muchas veces se pasa más que media hora en templar la vihuela, y en quietar (como dije) la imaginación, y todo el otro espacio es menester para gozar del fruto de la oración. Verdad es que cuando este ejercicio se tiene después de algunos otros santos ejercicios, como es después de maitines o después de haber oído o dicho misa o después de alguna devota lección u oración vocal, más dispuesto se halla el corazón para este negocio y (así como en leña seca) muy más presto se enciende este fuego celestial. También el tiempo de madrugada sufre ser más corto porque es el más aparejado de cuantos hay para este oficio. Mas el que fuere pobre de tiempo por sus muchas ocupaciones, no deje de ofrecer su cornadillo con la pobre viuda en el Templo (Lc., XXI, 2), porque si esto no queda por su negligencia, Aquel que todas las criaturas provee conforme a su necesidad y naturaleza, proveerá a él también según la suya.

SEPTIMO AVISO

Conforme a este documento se da otro semejante a él, y es que cuando el alma fuere visitada en la oración, o fuera de ella, con alguna particular visitación del Señor, que no la deje pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasión que se le ofrece, porque es cierto que con este viento navegará el hombre más en una hora que sin El en muchos días. Así se dice que lo hacía San Francisco, de quien escribe San Buenaventura (En su *Vida*) que era tan particular el cuidado que en esto tenía, que si andando camino lo visitaba nuestro Señor con alguna particular visitación, hacía ir delante los compañeros y él estaba quedo hasta acabar de rumiar y digerir aquel bocado que le venía del cielo. Los que así no lo hacen suelen comúnmente ser castigados con esta pena, que no hallen a Dios cuando lo buscaren, pues cuando El los buscaba nos lo halló.

OCTAVO AVISO

El último y más principal aviso sea que procuremos en este santo ejercicio de juntar en uno la meditación con la contemplación, haciendo de la una es-

calón para subir a la otra, para lo cual es de saber que el oficio de la meditación es considerar con estudio y atención las cosas divinas discurriendo de unas en otras para mover nuestro corazón a algún efecto y sentimiento de ellas, que es como quien hiere un pedernal para sacar alguna centella de él. Mas la contemplación es haber ya sacado esta centella, quiero decir, haber ya hallado este afecto y sentimiento que se buscaba, y estar con reposo y silencio gozando de él, no con muchos discursos y especulaciones del entendimiento, por lo cual dice un santo doctor que la meditación discurre con trabajo y con fruto; mas la contemplación sin trabajo y con fruto; la una busca, la otra halla; una rumia el manjar, la otra lo gusta; la una discurre y hace consideraciones, la otra se contenta con una simple vista de las cosas, porque tiene ya el amor y gusto de ellas; finalmente, la una es como medio, la otra es como fin; la una como camino y movimiento, y la otra como término de este camino y movimiento.

De aquí se infiere una cosa muy común, que enseñan todos los maestros de la vida espiritual (aunque poco entendida de los que la leen), conviene saber, que así como alcanzado el fin cesan los medios, como tomando el puerto cesa la navegación, así cuando el hombre, mediante el trabajo de la meditación, llegare al reposo y gusto de la contemplación, deber por entonces cesar de aquella piadosa y trabajosa inquisición. Y contento con una simple vista y memoria de Dios (como si lo tuviese presente), gozar

de aquel afecto que se le da, ora sea de amor, ora de admiración o de alegría o cosa semejante. La razón por que esto se aconseja es porque, como el fin de este negocio consista más en el amor y afectos de la voluntad que en la especulación del entendimiento, cuando ya la voluntad está presa, y tomada de este afecto, debemos excusar todos los discursos y especulaciones del entendimiento, en cuanto nos sea posible, para que nuestra ánima con todas sus fuerzas se emplee en esto sin derramarse por los actos de otras potencias. Y por eso aconseja un doctor, que así como el hombre se sintiere inflamar del amor del Dios, debe luego dejar todos estos discursos y pensamientos (por muy altos que parezcan), no porque sean malos, sino porque entonces son impeditivos de otro bien mayor, que no es otra cosa más que cesar el movimiento llegado el término y dejar la meditación por amor de la contemplación. Lo cual señaladamente se puede hacer al fin de todo el ejercicio, que es después de la petición del amor de Dios, de que arriba tratamos; lo uno, porque se presupone ya entonces que el trabajo del ejercicio pasado habrá parido algún efecto y sentimiento de Dios, pues (como dice el Sabio) *más vale el fin de la oración, que el principio* (Eccles., VII, 7), y lo otro, porque después del trabajo de la meditación y oración, es razón que el hombre dé un poco de huelga al entendimiento y le deje reposar en los brazos de la contemplación, pues en este tiempo deseche el hombre todas las imaginaciones que se le ofrecieren, acalle el

entendimiento, quite la memoria y fijela en Nuestro Señor, considerando que está en su presencia, no especulando por entonces cosas particulares de Dios. Conténtese con el conocimiento que de El tiene por fe y aplique la voluntad y el amor, pues éste sólo le abraza, y en él está el fruto de toda la meditación, y el entendimiento es casi nada lo que de Dios puede conocer y puédele la voluntad mucho amar. Enciérrese dentro de sí mismo en el centro de su ánima donde está la imagen de Dios, y allí esté atento a El, como quien escucha al que habla de alguna torre alta, o como que le tuviese dentro de su corazón, y como que en todo lo criado no hubiese otra cosa sino sola ella o solo él. Y aun de sí misma y de lo que hace se había de olvidar, porque, como decía uno de aquellos Padres (Casian., *Collat.*, et Dionis. Aerop., cap. 2.º), *aquella es perfecta oración, donde el que está orando, no se acuerda que está orando*. Y no sólo al fin del ejercicio, sino también al medio y en cualquier otra parte que nos tomare este sueño espiritual, cuando está como adormecido el entendimiento de la voluntad, debemos hacer esta pausa y gozar de este beneficio y volver a nuestro trabajo, acabado de digerir y gustar aquel bocado así como hace el hortelano cuando riega una era, que después de llena de agua detiene el hilo de la corriente y deja empapar y difundirse por las entrañas de la tierra seca lo que ha recibido, y esto hecho, torna a soltar el hilo de la fuente, para que aún reciba más y más y quede mejor regada. Mas lo que entonces el ánima

siente, lo que goza la luz, y la hartura, y la caridad y paz que recibe, no se puede explicar con palabras, pues aquí está la paz que excede todo sentido y la felicidad que en esta vida se puede alcanzar.

Algunos hay tan tomados del amor de Dios, que, apenas han comenzado a pensar en El, cuando luego la memoria de su dulce nombre les derrite las entrañas, los cuales tienen tan poca necesidad de discursos y consideraciones para amarle, como la madre o la esposa para regalarse con la memoria de su hijo o esposo, cuando le hablan de él; y otros que no sólo en el ejercicio de la oración, sino fuera de él, andan tan absortos y tan empapados en Dios, que de todas las cosas y de sí mismos se olvidan por El, porque si esto puede muchas veces el amor furioso de un perdido, ¿cuánto más lo podrá el amor de aquella infinita hermosura, pues no es menos poderosa la gracia que la naturaleza y que la culpa? Pues cuando esto el ánima sintiere, en cualquier parte de la oración que lo siente, en ninguna manera lo debe desechar, aunque todo el tiempo del ejercicio se gastase en esto, sin rezar o meditar las otras cosas que tenía determinadas, si no fuesen de obligación, porque así como dice San Agustín (In Enchirid) *que se ha de dejar la oración vocal cuando alguna vez fuese impedimento de la devoción, así también se debe dejar la meditación cuando fuese impedimento de la contemplación*

Donde también es mucho de notar que así como nos conviene dejar la meditación por la afección para subir de menos a más, así, por el contrario, a

veces convendrá dejar la afección por la meditación, cuando la afección fuese tan vehemente que se temiese peligro a la salud perseverando en ella, como muchas veces acaece a los que, sin este aviso, se dan a estos ejercicios y los toman sin discreción, atraídos por la fuerza de la divina suavidad. Y en tal remedio salir a algún afecto de compasión, meditando un poco en la Pasión de Cristo, o en los pecados y miserias del mundo, para aliviar y desahogar el corazón.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

QUE COSA SEA DEVOCION

El mayor trabajo que padecen las personas que se dan a la oración, es la falta de devoción que muchas veces en ella sienten; porque cuando ésta no falta, ninguna cosa hay más dulce ni más fácil que orar. Por esta razón (ya que habemos tratado de la materia de la oración y del modo que en ella se podrá tener), será bien tratemos ahora de las cosas que ayudan a la devoción y también de las que la impiden, y de las tentaciones más comunes de las personas devotas y de algunos avisos que para este ejercicio serán necesarios. Mas primero hará mucho al caso declarar qué cosa sea devoción, porque sepamos antes qué tal sea la joya por que militamos.

Devoción (dice Santo Tomás, 2.º, 2.ª, quest, 82, art. 1) *es una virtud, la cual hace al hombre pronto y hábil para toda virtud y le despierta y facilita para el*

bien obrar. La cual definición manifiestamente declara la necesidad y utilidad grande de esta virtud, porque en ella está encerrado más de lo que algunos pueden pensar.

Para lo cual es de saber que el mayor impedimento que tenemos para bien vivir es la corrupción de la naturaleza que nos vino por el pecado, de la cual procede una grande inclinación que tenemos para el mal y una grande dificultad y pesadumbre para el bien; estas dos cosas nos hacen dificultosísimo el camino de la virtud, siendo ella de suyo la cosa más dulce, más hermosa, más amable, más honrosa del mundo. Pues contra esa dificultad y pesadumbre proveyó la Divina Sabiduría de convenientísimo remedio, que es la virtud y socorro de la devoción; porque así como el viento cierzo esparce las nubes y deja el cielo sereno y descombrado, así la verdadera devoción sacude de nuestra ánima toda esta pesadumbre y dificultad, y la deja por entonces habilitada y desembarazada para todo bien, porque esta virtud es de tal manera virtud, que también es un especial don del Espíritu Santo, un rocío del cielo, un socorro y visitación de Dios alcanzado por la oración, cuya condición es pelear contra esta dificultad y pesadumbre, despedir esta tibieza, dar esta prontitud, henchir el alma de buenos deseos, alumbrar el entendimiento, esforzar la voluntad, encender el amor de Dios, apagar las llamas de los malos deseos, causar hastío del mundo y aborrecimiento del pecado, y de dar al hombre por entonces otro fervor, otro espí-

ritu y otro esfuerzo y aliento para bien obrar. De manera, que así como Sansón, cuando tenía cabellos, tenía mayores fuerzas que todos los otros hombres del mundo, y cuando éstos le faltaban, era tan flaco como todos los otros, así lo es también el ánimo del cristiano cuando tiene esta devoción; y cuando flaca, no la tiene. Esto es, pues, lo que Santo Tomás quiso significar en aquella definición, y ésta es sin duda la mayor alabanza que se puede decir de esta virtud, que siendo una sola, es como un estímulo y aguijón de todas las otras; y por esto, el que de verdad desea caminar por el camino de las virtudes, no vaya sin estas espuelas, porque nunca podrá sacar de harona a su mala bestia, si va sin ellas.

De lo dicho parece claro qué cosa sea la verdadera y esencial devoción: porque no es devoción aquella ternura de corazón o consolación que sienten algunas veces los que oran, sino esta prontitud y aliento para bien obrar, de donde muchas veces acaece hallarse lo uno sin lo otro, cuando el Señor quiere probar los suyos. Verdad es que de esta devoción y prontitud muchas veces nace aquella consolación; y, por el contrario, esta misma consolación y gusto espiritual acrecienta la devoción esencial, que es aquella prontitud y aliento para bien obrar. Y por esta causa los siervos de Dios pueden, con mucha razón, desear y pedir estas alegrías y consolaciones, no por el gusto que en ellas hay, sino porque son causa de acrecentamiento de esta devoción que nos habilita para bien obrar, como lo significó el Profeta cuando

dijo (Ps., CXVIII, 32): *Por el camino de los mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazón;* conviene saber, con la alegría de tu consolación, que fue causa de esta ligereza. Pues de los medios por do se alcanza esta devoción, pretendemos ahora aquí tratar, y porque con esta virtud andan juntas todas las otras que tienen especial familiaridad con Dios, por eso tratar de los medios por do se alcanza la perfecta oración y contemplación, y las consolaciones del Espíritu Santo, y el amor de Dios y la sabiduría del cielo, y aquella unión de nuestro espíritu con Dios, que es el fin de toda la vida espiritual, y es, finalmente, tratar de los medios por donde se alcanza el mismo Dios en esta vida, que es aquel tesoro del Evangelio y aquella preciosa margarita por cuya posesión el sabio mercader alegremente se deshizo de todas las cosas. Por donde parece que ésta es una altísima Teología, pues aquí se enseña el camino para el sumo bien, y paso por paso se arma una escalera para alcanzar el fruto de la felicidad, según que en esta vida se puede alcanzar.

CAPITULO II

DE NUEVE COSAS QUE AYUDAN A ALCANZAR LA DEVOCION

Las cosas, pues, que ayudan a la devoción son muchas; porque primeramente hace mucho al caso tomar estos santos ejercicios muy de veras y muy a pechos, con un corazón muy determinado y ofrecido a todo lo que fuere necesario para alcanzar esta preciosa margarita, por arduo y dificultoso que sea, porque es cierto que ninguna cosa grande hay que no sea dificultosa. y así también lo es ésta, a lo menos a los principios.

Ayuda también la guarda del corazón, de todo género de pensamientos ociosos y vanos, y de todos los afectos y amores peregrinos, y de todas las turbaciones y movimientos apasionados, pues está claro que cada cosa de éstas impide la devoción y que no menos conviene tener el corazón templado para orar y

meditar que la vihuela para tañer. Ayuda también la guarda de los sentidos, especialmente de los ojos y de los oídos y de la lengua, porque por la lengua se derrama el corazón, y por los ojos y oídos se hinche de diversas imaginaciones, de cosas con que se perturba la paz y sosiego del ánima. Por donde con razón se dice que el contemplativo ha de ser sordo, ciego y mudo, porque cuanto menos se derrama por defuera, tanto más recogido estará de dentro.

Ayuda para esto mismo la soledad, porque no sólo quita las ocasiones de distraimiento a los sentidos y al corazón y las ocasiones de los pecados, sino también convida al hombre a que more dentro de sí mismo y trate con Dios y consigo, movido con la oportunidad del lugar, que no admite otra compañía que ésta.

Ayuda, otrosí, la lección de los libros espirituales y devotos, porque dan materia de consideración y recogen el corazón y despiertan la devoción y hacen que el hombre de buena gana piense en aquello que lo supo dulcemente; mas antes siempre se representa a la memoria lo que abunda en el corazón.

Ayuda la memoria continua de Dios, y el andar siempre en su presencia, y el uso de aquella breves oraciones que San Agustín llama *jaculatorias* (*In Epist. ad Prob.*, cap. 10. et *Epist.* 121), porque éstas guardan la casa del corazón y conservan el calor de la devoción, como arriba se platicó. Y así se halla el hombre a cada hora pronto para llegarse a la oración. Este es uno de los principales documentos de

la vida espiritual, y uno de los mayores remedios para aquéllos que ni tienen tiempo ni lugar para darse a la oración, y el que trajere siempre este cuidado, en poco tiempo aprovechará muy mucho.

Ayuda también la continuación y perseverancia en los buenos ejercicios en sus tiempos y lugares ordenados, mayormente a la noche o a la madrugada, que son los tiempos más convenientes para la oración, como toda la Escritura nos enseña.

Ayudan las asperezas y abstinencias corporales: la mesa pobre, la cama dura, el cilicio y la disciplina y otras cosas semejantes, porque todas estas cosas, así como nacen de devoción, así también despiertan, conservan y acrecientan la raíz de donde nacen.

Ayudan, finalmente, las obras de misericordia, porque nos dan confianza para padecer delante de Dios y acompañan nuestras oraciones con servicios, porque no se pueden llamar del todo ruegos secos, y merecen que sea misericordiosamente recibida la oración, pues procede de misericordioso corazón.

CAPITULO III

DE DIEZ COSAS QUE IMPIDEN LA DEVOCION

Y así como hay cosas que ayudan a la devoción, así también hay cosas que la impiden, entre las cuales la primera es los pecados, no sólo los mortales, sino también los veniales, porque éstos, aunque no quitan la caridad, quitan el fervor de la caridad, que es casi lo mismo que devoción, por donde es razón evitarlos con todo cuidado, ya que no fuese por el mal que nos hacen, a lo menos por el grande bien que nos impiden.

Impide también el remordimiento de la conciencia, que procede los mismos pecados (cuando es demasiado), porque trae el ánima inquieta, y caída, y desmayada, y flaca para todo buen ejercicio.

Impiden también los escrúpulos, por la misma causa, porque son como espinas, y no la dejan reposar y sosegar en Dios y gozar de la verdadera paz.

Impide también cualquier amargura y desabrimiento del corazón y tristeza desordenada, porque con esto muy mal se puede compadecer el gusto y suavidad de la buena conciencia y de la alegría espiritual.

Impiden, otrosí, los cuidados demasiados, los cuales son aquellos mosquitos de Egipto que inquietan el ánimo y no la dejan dormir este sueño espiritual que se duerme en la oración, antes allí más que en otra parte la inquietan y divierten con su ejercicio.

Impiden también las ocupaciones demasiadas, porque ocupan el tiempo y ahogan el espíritu, y así dejan al hombre sin tiempo y sin corazón para vacar a Dios.

Impiden los regalos y consolaciones sensuales (cuando el hombre es demasiado en ellas), porque el que se da mucho a las consolaciones del mundo, no merece las del Espíritu Santo, como dice San Bernardo (Serm. 5 in Natali Dom).

Impide el regalo en el demasiado comer y beber, mayormente las cenas largas, porque éstas hacen muy mala cama a los espirituales ejercicios y a las vigiliassagradas, porque con el cuerpo pesado y har-to de mantenimiento, muy mal aparejado está el ánimo para volar a lo alto.

Impide el vicio de la curiosidad, así de los sentidos como del entendimiento, que es querer oír y ver y saber muchas cosas y desear cosas pulidas, curiosas y bien labradas, porque todo esto ocupa el tiempo,

embaraza los sentidos, inquieta el ánimo y derrámalas en muchas partes, y así impide la devoción.

Impide, finalmente, la interrupción de todos estos santos ejercicios, si no es cuando se deja por causa de alguna piadosa o justa necesidad, porque (como dice un doctor) es muy delicado el espíritu de la devoción, el cual después de ido, o no vuelve, o a lo menos con mucha dificultad. Y por esto, así como los árboles y los cuerpos humanos quieren sus riegos y mantenimientos y desmedra, así también lo hace la devoción, cuando le falta el riego y mantenimiento de la consideración.

Todo esto se ha dicho así sumariamente, para que mejor se pudiese tener en la memoria, la declaración de lo cual podrá ver quien quisiere con el ejercicio y larga experiencia.

CAPITULO IV

DE LAS TENTACIONES MAS COMUNES QUE SUELEN FATIGAR A LOS QUE SE DAN A LA ORACION, Y DE SUS REMEDIOS

Será bien tratar ahora de las tentaciones más comunes de las personas que se dan a la oración y de sus remedios, las cuales, por la mayor parte, son las siguientes: *Las faltas de las consolaciones espirituales. La guerra de los pensamientos importunos. Los pensamientos de blasfemia e infidelidad. El temor desordenado. El sueño demasiado. La desconfianza de aprovechar. La presunción de estar ya muy aprovechado. El apetito demasiado de saber. El indiscreto celo de aprovechar.* Estas son las más comunes tentaciones que haya en este camino, los remedios de los cuales son los siguientes:

PRIMER AVISO

Primeramente, al que le faltaren las consolaciones espirituales, el remedio es que no por eso deje el ejercicio de la oración acostumbrada, aunque le parezca desabrida y de poco fruto, sino póngase en la presencia de Dios como reo y culpado, y examine su conciencia, y mire si por ventura perdió esta gracia por su culpa, suplique al Señor con entera confianza le perdone, y declare las riquezas inestimables de su paciencia y misericordia en sufrir y perdonar a quien otra cosa no sabe sino ofenderle. De esta manera sacará provecho de su sequedad, tomando ocasión para más humillar, viendo lo mucho que le perdona. Y aunque no halle gusto en estos ejercicios, no desiste de ellos, porque no se requiere que sea siempre sabroso lo que ha de ser provechoso. A lo menos esto se halla por experiencia, que todas las veces que el hombre persevera en la oración con un poco de atención y cuidado haciendo buenamente lo que puede, al cabo sale de allí consolado y alegre, viendo que hizo de su parte algo de lo que era en sí. Mucho hace en los ojos de Dios quien hace todo lo que puede, aunque pueda poco. No mira Nuestro Señor tanto al caudal del hombre, cuanto a su posibilidad y voluntad. Mucho da quien desea dar mucho, quien

da todo lo que tiene, quien no deja nada para sí. No es mucho durar mucho en la oración, cuando es mucha la consolación. Lo mucho es que, cuando la devoción es poca, la oración es mucha, y mucha mayor la humildad, y la paciencia y la perseverancia en el bien obrar.

También es necesario en estos tiempos andar con mayor solicitud y cuidado que en los otros, velando sobre la guarda de sí mismo y examinando con mucha atención sus pensamientos, y palabras, y obras; porque como entonces nos falta la alegría espiritual (que es el principal remo de esta navegación), es menester suplir con cuidado y diligencia lo que falta de gracia. Cuando así te vieres, has de hacer cuenta (como dice San Bernardo) que se te han dormido las velas que te guardaban, y que se te han caído los muros que te defendían. Y por eso toda la esperanza de salud está en las armas, pues ya no te ha de defender el muro, sino la espalda y la destreza en el pelear. ¡Oh, cuánta es la gloria del ánima que de esta manera batalla, que sin escudo se defiende, y que sin armas pelea, y sin fortaleza es fuerte y, hallándose en la batalla sola, toma el esfuerzo y ánimo por compañía!

No hay mayor gloria en el mundo que imitar en las virtudes del Señor. Y entre sus virtudes se cuenta por muy principal haber padecido lo que padeció, sin admitir en su ánima ningún género de consuelo. De manera que el que así padeciere y pelear, tanto será mayor imitador de Cristo cuanto más careciere

de todo género de consuelo. Y esto es beber el cáliz de la obediencia puro, sin mezcla de otro licor. Este es el toque principal en que se prueba la fineza de los amigos, si son verdaderos o no lo son.

SEGUNDO AVISO

Contra la tentación de los pensamientos importunos que nos suelen combatir en la oración, el remedio es pelear varonil y perseverantemente contra ellos, aunque esta resistencia no ha de ser con demasiada fatiga y congoja de espíritu, porque no es este negocio tanto de fuerza, cuanto de gracia y humildad. Y por esto cuando el hombre se hallare de esta manera, debe volverse a Dios sin escrúpulo y sin congoja (pues esto o no es culpa, o es muy liviana), y con toda humildad y devoción le diga: «¿Véis aquí, Señor mío, quién soy yo, qué se esperaba de este muladar, sino semejantes olores? ¿Qué se esperaba de esta tierra que Vos maldijisteis, sino zarzas y espinas? Este es el fruto que ella pueda dar si Vos, Señor, no la limpiáis». Y dicho esto, torne a atar su hilo como de antes, y espere con paciencia la visitación del Señor, que nunca falta a los humildes. Y si todavía te inquietaren los pensamientos, y tú todavía perseverantemente les resistieres e hicieres lo que es en ti, debes tener por cierto que mucha más tierra ganas en esta resistencia que si estuvieras gozando de Dios a todo sabor.

TERCER AVISO

Para remedio de las tentaciones de blasfemia es de saber que así como ningún linaje de tentaciones es más penoso que éste, así ninguno hay menos peligroso, y así el remedio es no hacer caso de las tentaciones, pues el pecado no está en el sentimiento, sino en el consentimiento y en el deleite, el cual aquí no hay, sino antes al contrario; y así, más se puede llamar ésta pena, que culpa, porque cuán lejos está el hombre de recibir alegría con estas tentaciones, tan lejos está de tener culpa en ellas. Y por eso el remedio (como dije) es menospreciarlas y no temerlas; porque cuando demasiadamente se temen, el mismo temor las despierta y las levanta.

CUARTO AVISO

Contras las tentaciones de infidelidad, el remedio es que acordándose el hombre por un cabo de la pequeñez humana, y por otro de la grandeza divina, piense en lo que Dios le manda, y no sea curioso en querer escudriñar sus obras, pues vemos que muchas de ellas exceden a nuestro saber. Y, por tanto, el que quiere entrar en el santuario de las obras divinas, ha

de entrar con mucha humildad y reverencia, y llevar consigo ojos de paloma sencilla y no de serpiente maliciosa, y corazón de discípulo y no de juez temerario. Hágase como niño pequeño, porque a los tales enseña Dios sus secretos. No cure de saber el porqué de las obras divinas, cierre el ojo de la razón y abra sólo el de la fe, porque éste es el instrumento con que se han de tantear las obras de Dios. Para mirar las obras humanas muy bueno es el ojo de la razón humana; mas para mirar las divinas, no hay cosa más desproporcionada que él. Mas porque ordinariamente esta tentación es al hombre penosísima, el remedio es el de la pasada, que es no hacer caso de ella, pues más es ésta pena que culpa, porque no puede haber culpa en lo que la voluntad está contraria, como allí se declaró.

QUINTO AVISO

Algunos hay que son combatidos de grandes temores y fantasías, cuando se apartan sólo de noche a orar. Contra esta tentación el remedio es hacerse el hombre fuerza y perseverar en su ejercicio; porque huyendo crece el temor, y peleando, la osadía. Aprovecha también considerar que ni el demonio, ni otra cosa es poderosa para no dañar, sin licencia de Nuestro Señor. También aprovecha considerar que tenemos al Angel de nuestra Guarda a nuestro lado, y en la oración mejor que en otra parte, porque allí

existe él para nos ayudar y llevar nuestras oraciones al cielo y defendernos del enemigo, que no nos puede hacer mal.

SEXTO AVISO

Contra el sueño demasiado, el remedio es considerar que el sueño unas veces procede de necesidad, y entonces el remedio es no negar al cuerpo lo que es suyo, porque no nos impida lo que es nuestro. Otras procede de enfermedad y entonces no debe el hombre congojarse por eso, pues no tiene culpa, ni tampoco debe dejarse del todo vencer, sino hacer de su parte lo que buenamente pudiere, para que del todo no se pierda la oración, sin la cual no tenemos seguridad ni alegría verdadera en esta vida. Otras veces nace el sueño de pereza o del demonio que lo procura. Entonces el remedio es el ayuno, no beber vino, beber poca agua, estar de rodillas, o en pie, o en cruz y no arrimado, hacer alguna disciplina u otra cualquiera aspereza que despierte y punce la carne.

Finalmente, el único y general remedio, así para este mal como para los otros, es pedirlo a Aquel que está aparejado para dar, si hubiere quien siempre le quiera pedir.

SEPTIMO AVISO

Contra las tensiones de la desconfianza y de la presunción, que son vicios contrarios, es forzado que haya diversos remedios. Para la desconfianza, el remedio es considerar que este negocio no se ha de alcanzar por solas tus fuerzas, sino por la divina gracia, la cual tanto más presto se alcanza, cuanto más el hombre desconfía de su propia virtud y confía en sólo la bondad de Dios, a quien todo es posible.

Para la presunción, el remedio es considerar que no hay más claro indicio de estar el hombre muy lejos, que creer que está muy cerca, porque en este camino los que van descubriendo más tierra, éstos se dan mayor prisa por ver lo mucho que les falta; y por eso nunca hacen caso de lo que tienen en comparación de lo que desean. Mírate, pues, como en un espejo, en la vida de los Santos y en las de otras personas señaladas que ahora viven en carne, y verás que eres ante ellos como un enano en presencia de un gigante, y así no presumirás.

OCTAVO AVISO

Contra la tentación del demasiado apetito de saber y estudiar, el primer remedio es considerar cuánto

más excelente es la virtud que la ciencia, y cuánto más excelente la sabiduría divina que la humana, para que por aquí vea el hombre cuánto más se debe ocupar en los ejercicios por do se alcanza la una que la otra. Tenga la gloria de la sabiduría del mundo, las grandezas que quisiere, que al fin se acaba esta gloria con la vida. Pues, ¿qué cosa puede ser más miserable que adquirir con tanto trabajo lo que tampoco se ha de gozar? Todo lo que aquí puedes saber es nada. Y si te ejercitares en el amor a Dios, presto le irás a ver, y en él verás todas las cosas. «Y el día del juicio no nos preguntarán qué leímos, sino qué hicimos; ni cuán bien hablamos o predicamos, sino cuán bien obramos» (Kempis, lib. 1.º).

NOVENO AVISO

Contra la tentación del indiscreto celo de aprovechar a otros, el principal remedio es que de tal manera entendamos en el provecho del prójimo, que no sea con perjuicio nuestro. Y que de tal manera entendamos en los negocios de las conciencias ajenas, que tomemos tiempo para las nuestras, el cual ha de ser tanto, que baste para traer a la continua el corazón devoto y recogido, porque esto es andar en espíritu, como dice el Apóstol, que es andar el hombre más en Dios que en sí mismo. Pues como esto sea raíz y principio de todo nuestro bien, todo nuestro trabajo ha de ser procurar de tener tan larga y tan profunda

oración, que baste para traer siempre el corazón con esta manera de recogimiento y de devoción, para lo cual no basta cualquier manera de recogimiento y oración, sino es menester que sea muy larga y muy profunda.

CAPITULO V

DE ALGUNOS AVISOS NECESARIOS PARA LOS QUE SE DAN A LA ORACION

Una de las cosas más arduas y dificultosas que hay en esta vida es saber ir a Dios y tratar familiarmente con él. Y por esto no se puede este camino andar sin alguna buena guía, ni tampoco sin algunos avisos para no perderse en él, y por esto será necesario apuntar aquí algunos con la nuestra acostumbrada brevedad. Entre los cuales, el primero sea acerca del fin que en estos ejercicios se ha de tener. Para lo cual es de saber que (como esta comunicación con Dios sea una cosa tan dulce y tan deleitable, según dice el Sabio) de aquí nace que muchas personas atraídas con la fuerza de esta maravillosa suavidad (que es sobre todo lo que se puede decir) se llegan a Dios y se dan a todos los espirituales ejercicios, así de lección como de oración y uso de Sacramentos,

por el gusto grande que hallan en ellos, de tal manera, que el principal fin que a esto les lleva es el deseo de esta maravillosa suavidad. Este es un muy grande y muy universal engaño en que caen muchos. Porque como el principal fin de todas nuestras obras haya de ser amar a Dios y buscar a Dios, esto más es amar a sí y buscar a sí, conviene saber, su propio gusto y contentamiento, que es el fin que los filósofos pretendían en su contemplación. *Y esto es también* —como dice un Doctor— *un linaje de avaricia, lujuria y gula espiritual, que no es menos peligrosa que la otra sensual.*

Y lo que es más, de este mismo engaño se sigue otro no menor, que es juzgar el hombre a sí y a los otros por estos gustos y sentimientos, creyendo que tanto tiene cada uno más o menos de perfección, cuanto más o menos gusta de Dios, que es un engaño muy grande. Pues contra estos dos engaños sirve este aviso y regla general: que cada uno entienda que el fin de todos estos ejercicios y de toda la vida espiritual es la obediencia de los mandamientos de Dios y el cumplimiento de la divina voluntad, para lo cual es necesario que muera la voluntad propia, para que así viva y reine la divina, pues es tan contraria a ella.

Y porque tan gran victoria como ésta no se puede alcanzar sin muy grandes favores y regalos de Dios, por esto principalmente se ha de ejercitar la oración, para que por ella se alcancen estos favores y se sientan estos regalos para salir con esta empresa. Y de esta manera y para tal fin de se pueden pedir y pro-

curar los deleites de la oración (según arriba dijimos), como los pedía David cuando decía: *Vuélveme, Señor, la alegría de tu salud, y confírmame con tu espíritu principal* (Ps., L, 14). Pues conforme a esto, entenderá el hombre cuál ha de ser el fin que ha de tener en estos ejercicios, y por aquí también entenderá por dónde ha de estimar y medir su aprovechamiento y el de los otros, conviene saber, no por los gustos que hubiere recibido de Dios, sino por lo que él hubiere padecido, así por hacer la voluntad divina, como por negar la propia.

Que éste haya de ser el fin de todas nuestras lecciones y oraciones, no quiero traer para esto más argumentos que aquella divina oración o salmo: *Beati immaculati in via* (Ps., CXVIII, 1), que teniendo ciento setenta y siete versos (porque es el mayor del Psalterio) no se hallará en él uno solo que no haga mención de la ley de Dios y de la guarda de sus mandamientos, lo cual quiso el Espíritu Santo que así fuese, para que por aquí viesen los hombres cómo todas sus oraciones y meditaciones se habían de ordenar en todo y en parte a este fin, que es la obediencia y guarda de la ley de Dios, y todo lo que va fuera de aquí, que es uno de los muy sutiles y más colorados engaños del enemigo, con el cual hace creer a los hombres que son algo, no siéndolo. Por lo cual dicen muy bien los Santos que la verdadera prueba del hombre no es el gusto de la oración, sino la paciencia de la tribulación, la abnegación de sí mismo y el cumplimiento de la divina voluntad, aunque para

todo esto aprovecha grandemente así la oración como los gustos y consolaciones que en ellas se dan.

Pues, conforme a esto, el que quisiere ver cuánto ha aprovechado en este camino de Dios, mire *cuánto crece cada día en humildad interior y exterior. ¿Cómo sufre las injusticias de los otros? ¿Cómo sabe dar pasada a las flaquezas ajenas? ¿Cómo acude a las necesidades de sus prójimos? ¿Cómo se compadece y no se indigna contra los defectos ajenos? ¿Cómo sabe esperar en Dios en el tiempo de la tribulación? ¿Cómo rige su lengua? ¿Cómo guarda su corazón? ¿Cómo trae domada su carne con todos sus apetitos y sentidos? ¿Cómo se sabe valer en las prosperidades y adversidades? ¿Cómo se repara y provee en todas las cosas con gravedad y discreción?* Y, sobre todo esto, mire si está muerto el amor de la honra, y del regalo, y del mundo, y según lo que en esto hubiere aprovechado o desaprovechado, así se juzque, y no según lo que siente o no siente de Dios. Y por esto siempre ha de tener él un ojo, y el más principal, en la mortificación, y el otro en la oración, porque esa misma mortificación no se puede perfectamente alcanzar sin el socorro de la oración.

SEGUNDO AVISO

Y si no debemos desear consolaciones y deleidades espirituales para sólo parar en ellos sino por los provechos que nos causan, mucho menos se deben desear visiones o revelaciones o arrebatamientos y cosas semejantes que pueden ser más peligrosas a los que no están fundados en humildad. Y no tenga el hombre miedo de ser desobediente a Dios, porque cuando El quiere revelar algo, El lo sabe descubrir por tales modos que por más que el hombre huya El se lo certificará de manera que no pueda dudar aunque quiera.

TERCER AVISO

Debe asimismo ser avisado en callar los favores o regalos que Nuestro Señor le hiciere, si no fuere a solo su maestro espiritual. Por lo cual dice San Bernardo que el varón devoto ha de tener en la celda escritas estas palabras (Serm. 23 sup. cant.): *Mi secreto para mí, mi secreto para mí.*

CUARTO AVISO

También debe el hombre tener aviso de tratar con Dios con la mayor humildad y reverencia que le sea

posible, de manera que nunca el ánima ha de estar tan regalada y favorecida de Dios, que no vuelva los ojos hacia dentro y mire su vileza y recoja sus alas y se humille delante de tan grande majestad, como lo hacía San Agustín, de quien se dice (En su *Vida*) *que había aprendido a alegrarse en la presencia de Dios con temor.*

QUINTO AVISO

Dijimos arriba que el siervo de Dios ha de trabajar por tener sus tiempos señalados para vacar a Dios, pues allende de este ordinario de cada día debe desocuparse a tiempos de todo género de negocios, aunque sean tantos, para entregarse del todo a los espirituales ejercicios, y dar a su ánima un abundante pasto, con el cual se repare lo que con los defectos de cada día se gasta, y se cobren nuevas fuerzas para pasar adelante. Y aunque esto se debe hacer en otros tiempos, más especialmente se debe hacer en las fiestas principales del año y en los tiempos de tribulaciones y trabajos, y después de algunos caminos largos y de algunos negocios que han causado dистраimimiento y derramamiento en el corazón para tornar a recogerlo.

SEXTO AVISO

Algunos hay también que tienen poco tiempo y discreción en sus ejercicios cuando les va bien con Dios. A los cuales su misma prosperidad viene a ser ocasión de su peligro. Porque hay muchos a quien parece que se les da esta gracia a manos llenas, los cuales, como hallan tan suave la comunicación del Señor, entréganse tanto a ella y alargan tanto los tiempos de la oración y las vigiliass y asperezas corporales, que la naturaleza, no pudiendo sufrir la continua tanta carga, viene a dar con ella en tierra.

De donde nace que muchos vienen a estragarse los estómagos y la cabeza, con lo que se hacen inhábiles no sólo para los otros trabajos corporales, sino también para estos mismos ejercicios de oración.

Por lo cual conviene tener mucho tiento en estas cosas, mayormente a los principios, donde los fervores y consolaciones son mayores, y la experiencia y discreción menos, para que de tal modo tratemos la manera de caminar que no faltemos a medio camino.

Otro extremo contrario es el de los regalados, que, so color de discreción, hurtan el cuerpo a los trabajos, el cual, aunque en todo género de persona sea muy dañoso, mucho más lo es en los que comien-

zan, porque, como dice San Bernardo (Ad fratres de Mont), *imposible es que persevere mucho en la vida religiosa el que siendo novicio es ya discreto*; siendo principiante, quiere ser prudente, y siendo aún nuevo y mozo, comienza a tratarse y regalarse como viejo.

Y no es fácil de juzgar cuál de estos dos extremos sea más peligroso, sino que la indiscreción (como dice muy bien Gerson) es más incurable porque mientras el cuerpo está sano esperanza hay que podrá haber remedio; mas después de ya estragado con la indiscreción, mal se puede remediar.

SEPTIMO AVISO

Otro peligro hay también en este camino, y por ventura mayor que todos los pasados, el cual es que muchas personas, después que algunas veces han experimentado la virtud inestimable de la oración y visto por experiencia cómo todo el concierto de la vida espiritual depende de ella, paréceles que ella sola es el todo, y que ella sola basta para ponerlos en salvo, y así vienen a olvidarse de las otras virtudes y aflojar en todo lo demás. De donde también procede que, como todas las otras virtudes ayuden a esta virtud, faltando el fundamento, también falta el edificio; y así, mientras el hombre procura esta virtud, menos puede salir con ella.

Por esto, pues, el siervo de Dios debe poner los ojos no en una virtud sola, por grande que sea, sino en todas las virtudes; porque así como en la vihuela una sola voz no hace armonía si no suenan todas, así una virtud sola no basta para hacer esta espiritual consonancia si todas no responden con ella. Y así como un reloj si se embaraza un solo punto para todo, así también acaece en el reloj de la vida espiritual si falta una sola virtud.

OCTAVO AVISO

Aquí también conviene avisar que todas estas cosas que hasta aquí se han dicho para ayudar a la devoción que se han de tomar como unos aparejos con que el hombre se dispone para la divina gracia; ocupándose diligentemente en ellos, y quitando la confianza de ellos y poniéndola en sólo Dios. Digo esto porque hay algunas personas que hacen como arte de todas estas reglas y documentos, pareciéndoles que así como el que aprende un oficio, guardadas bien las reglas de él, por virtud de ella saldrá luego buen oficial, así también el que estas reglas guardare, por virtud de ellas, alcanzará luego lo que desea, sin mirar que esto es hacer arte de la gracia, y atribuir a reglas y artificios humanos lo que es pura dádiva y misericordia del Señor.

Pues por esto conviene tomar estos negocios no como cosa de arte, sino como de gracia, porque tomándolo de esta manera sabrá el hombre quel el principal medio que para esto se requiere es una profunda humildad y conocimiento de su propia miseria, con grandísima confianza en la divina misericordia, para que del conocimiento de lo uno y de lo otro procedan siempre continuas lágrimas y oraciones, con las cuales, entrando el hombre por la puerta de la humildad, alcance lo que desea por humildad y lo conserve con humildad y lo agradezca con humildad, sin tener ninguna repunta de confianza, ni en su manera de ejercicios, ni en cosa que sea suya.

FIN DEL LIBRO DE LA ORACION

I N D I C E

VIDA DE SAN PEDRO DE ALCANTARA

San Pedro de Alcántara.
Estudiante ejemplar - Franciscano.
Superior a los veinte años.
Misionero - Doctor Místico.
Da principio a la reforma franciscana.
Ayuda a Santa Teresa a la reforma.
Muerte santísima.

TRATADO DE LA ORACION

Primera parte

- Cap. I. Del fruto que se saca de la oración y meditación.
Cap. II. De la materia de la meditación.
Cap. III. De seis cosas que pueden entreenir en el ejercicio de la oración.

INDICE

- Cap. IV. De la preparación que se requiere para antes de la oración.
- Cap. V. De la lección.
- Cap. VI. De la meditación.
- Cap. VII. Del hacimiento de gracias.
- Cap. VIII. Del ofrecimiento.
- Cap. IX. De la petición. Petición especial del amor de Dios.
- Cap. X. De algunos avisos que se deben tener en este santo ejercicio.

Segunda parte

- Cap. I. Qué cosa sea devoción.
- Cap. II. De nueve cosas que ayudan a alcanzar la devoción.
- Cap. III. De diez cosas que impiden la devoción.
- Cap. IV. De las tentaciones más comunes que suelen castigar a los que se dan a la oración y de sus remedios.
- Cap. V. De algunos avisos necesarios para los que se dan a la oración.

Benjamín Martín Sánchez

Profesor de Sagrada Escritura

LIBROS DEL AUTOR

(Editados por el «Apostolado Mariano»)

- **DICCIONARIO DE ESPIRITUALIDAD bíblico teológico.** Este es un libro que abarca muchos libros a la vez, pues es un arsenal de doctrina por los múltiples asuntos que van en él expuestos, en orden alfabético y de forma ordenada y clara.
En su conjunto es un libro que comprende innumerables pensamientos bíblicos, patristicos y filosóficos con diversidad de máximas y todos los temas de teología espiritual.
- **SANTA BIBLIA ilustrada y comentada.** Versión directa de los textos originales hebreo y griego y con amplios comentarios, especialmente en el Génesis y Santos Evangelios. Es una de las Biblias más asequible a todos; a los mayores, por sus comentarios, y a los niños por su método intuitivo.
Lleva más de 200 láminas de G. Doré, proporcionadas por D. Andrés Codesal Martín, director del Apostolado Mariano de Sevilla. El texto va en letra grande y clara.

- **LA BIBLIA MAS BELLA.** Por sus muchos grabados a todo color, resulta la mejor para los niños.
EL CATECISMO MAS BELLO. Primera Comunión y Confirmación.
- **EL CATECISMO ILUSTRADO.** Formato 18 x 26 con 160 páginas y más de 70 preciosas ilustraciones a toda página en colores. Es considerado como el mejor de los Catecismos por su doctrina y por las bonitas ilustraciones que llaman la atención a niños y mayores.
- **PEDRO, PRIMER PAPA.** De Pedro a Juan Pablo II. Incluye la lista de todos los Papas.
- **JESUS DE NAZARET.** Es su vida muy atractiva e ilustrada. Destinada especialmente a los obreros.
- **NO PIERDAS A LA JUVENTUD.** Carta a ellas y a ellos. Muy interesante para los jóvenes.
- **VAMOS DE CAMINO.** La vida presente, el tiempo, la eternidad.
- **EL PUEBLO PIDE SACERDOTES SANTOS, NO VULGARES.** La Santidad sacerdotal y su dignidad.
- **LA MATANZA DE LOS INOCENTES.** El aborto y el problema del divorcio.
- **FLORILEGIO DE MARTIRES.** España 1936-1939.
- **HEBREO BIBLICO Y MODERNO.** Es una gramática con ejercicios prácticos para principantes.
- **CATECISMO CONCILIAR.** Diez documentos del Vaticano II expuestos en ocho folletos con gran claridad.

- **EL MATRIMONIO.** (Preparación para el mismo), y al final va el discurso de Juan Pablo II a las familias cristianas.
- **¿SERE SACERDOTE?** (Niños y jóvenes haceos esta pregunta).
- **MISIONES POPULARES.** (Las verdades eternas).
- **LOS TESTIGOS DE JEHOVA.** (Su doctrina y sus errores. Otras sectas)...

Pedidos: Apostolado Mariano
Recaredo, 44
41003 SEVILLA